



CRONICAS

INFORME DEL PADRE MANUEL BIEDMA

AL VIRREY DEL PERU

MARQUEZ DE LA PALATA

1682

EXCELENTISIMO SEÑOR:

Miércoles pasado ocho de abril de este presente año de 1682 se sirvió Vuestra Excelencia demandarme hiciese relación del estado de las conversiones en que los religiosos de esta Provincia de los Doce Apóstoles de Lima, como hijos verdaderos del seráfico Francisco mi Padre, herederos legítimos de aquel seráfico espíritu: *non sibi soli vivere, sed et aliis proficere* (S. Buenaventura, in *Vita S. Francisci*), se ocupan solicitando traer, a la luz del santo evangelio la innumerable multitud de infieles, gente bárbara, que ciñen los inaccesibles montes y cerros de las montañas de este reino, que de verdad, señor, son por sus costumbres y modos de vivir poco menos que brutos; y aún algunos parecen pasar más allá de lo irracional en lo indómito de su fiera y en la voracidad de su crueldad; pues viven sólo de matar y su mayor regalo y todo su sustento es carne humana y cebarse en la sangre de sus prójimos y aun de sus mismos parientes, y si en lo humano pudiera esto acobardar y resfriar el espíritu más fervoroso, es tan abrasada la caridad de los hijos del serafín ardiente, que ofrecen animosos cuanto liberales su sangre, que como de inocentes corderos labre y ablande de aquellos diamantinos pechos la dureza (S. Roberto, al c. 17 de la *Sabiduría*); o para que lo estéril de aquellos zarzales bárbaros, sea al menos rosales que en almas convertidas, copiosos riegos, de tan sagrados rubíes, den fragantes rosas para el jardín de la gloria.

Empeño era éste, señor, aun para la mejor pluma arduo y la mía le confesara imposible, a no animarle el precepto de Vuestra Excelencia, que si debidamente obliga y rinde a mí (confieso ingenuamente) con más que amoroso afecto me fuerza, empeña y facilita, asegurándose mi pequeñez y cortedad en la grandeza de Vuestra Excelencia, que si pudiera temer el estilo por menos atento y cortesano (pues no puede dejar de habérsele pegado mucho de lo silvestre en diez y siete años de ejercicio entre aquellos bárbaros), me alienta lo noblemente grande de Vuestra Excelencia, que sólo quiere el alma y fin de la historia, que es la verdad concisa, como dice San Agustín y yo

prometo con sencillez evangélica en todo: pues ésta aprecian más los católicos oídos y estiman los nobles pechos, porque mueve, enciende y enfervoriza a que soliciten todos con santo celo y ayuden con encendida caridad a recoger la sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Hacer mención, señor, de las entradas todas que han hecho los religiosos franciscanos a los gentiles bárbaros, aun para reducirlo a puntos solo fuera necesario un volumen grande; pues desde los primeros principios de estos reinos ha sido la principal atención y cuidado de mi religión seráfica desterrar las tinieblas de la gentilidad con la luz del Santo Evangelio; a que próspera ha acudido siempre y a todas horas y desde la hora de prima con jornaleros vigilantes (S. Mateo, c. 10), que arrancando solícitos de la viña del Señor las malas hierbas que el común y antiguo enemigo había sembrado en los corazones de tanto bárbaro idólatra, juntamente plantasen una nueva viña, una nueva iglesia, que siempre se ha ido prosperando con suma felicidad a costa de inmenso sudor y trabajo y aun de mucha sangre: pues casi no hay puerta ni entrada a los Andes y montañas que no esté fertilizada y regada con el rubí franciscano, que no como la de Abel clama venganza o pide justicia (Hebreos, 12, 24), sí solicita piadosa e insta ferviente (como la de Cristo Redentor) perdón, luz y gracia a la sequedad del gentilismo, como se reconocerá leyendo la Crónica franciscana del Perú compuesta por el Reverendo Padre Fray Diego de Córdova y Salinas; y se hallará esta verdad en las crónicas particulares de cada provincia: en el erudito Solórzano, tomo segundo, *De iure indiarum*; en el Padre José Arriaga, c. 20; en el Señor Obispo Gonzaga, cuarta parte; en la historia que hizo nuestro Capítulo General celebrado en Toledo, año de 1633 desde el folio 72 hasta el 80; en el memorial que imprimió en Madrid el Reverendo Padre fray José Maldonado, y en otros muchos que tratan las conquistas de estos reinos.

Las conversiones que hoy tiene esta Provincia de Lima son tres (fuera de las que tiene la del Cuzco y la de Quito), donde los hijos de esta Provincia, con abrasado celo, cuales rayos encendidos en la fragua del amor divino continuamente hacen entradas a los infieles bárbaros, sin perder de lo ganado; antes para conservarlo mejor y darle cada día nuevos aumentos y crecer con infatigable cansancio (Efesios, 1, 14). Recogen de diversos distritos y asperísimos parajes nuevas flores de almas, cuales abejas solícitas de la Iglesia, para hacer más sabrosa y abundante la dulzura de su panal, descubren nuevas naciones, colmadas mieses con que enriquecen las trojes del cielo.

La primera y más antigua y la que sin resfriarse el calor de su abrasado fuego permanece haciendo nuevos descubrimientos, en que desahogan los ardores caritativos de su pecho, es la conversión de Panataguas, que distan de la ciudad de León de Huánuco sus primeros pueblos veinte leguas. Empezóse el año de 1631, gobernando estos reinos el Excelentísimo Señor Conde de Chinchón, a cuyo favor y amparo se deben no sólo los principios de aquella

obra, que fueron muy felices y colmados, sino también todas sus medras y creces; pues el encendido celo de aquel cristianísimo Príncipe los fomentó y socorrió con largas limosnas, tomando en sí el cargo de síndico de aquella santa conversión, cuyas iglesias adornó lúcidamente con hermosas imágenes, enriqueció de ornamentos, palios, guiones, campanas, allanó la aspereza, venciendo la fragosidad de los montes con caminos, que hasta hoy trillan mulas que facilitan la conducción de los socorros, con que alentados los ministros pueden pasar adelante continuando el fervor de su espíritu en nuevas conquistas.

Las naciones que por aquella parte se han reducido son los Panataguas, los Carapachos, los Panatos, los Tiganenses, los Quequiscanas, los Payansos, los Guataguagas y todas de diversas lenguas y asperísimos caminos. Hoy se está trabajando con la dura y proterva nación de los Callisecas, que se han alzado muchas veces y han muerto cinco religiosos, y cada día lo intentan por estar en el camino y embarcación del río grande, que es puerta para todas las naciones. Hoy tiene ocho pueblos con sus iglesias, donde todos los días se ofrece al eterno Padre la hostia mundísima de su Unigénito Hijo por la salud de los bienhechores y por el remedio de aquellas almas, que todos los días dos veces, mañana y tarde, acuden con puntualidad singular y fervorosa devoción a rezar la Doctrina cristiana, y muchos en todas las fiestas principales con ardientes afectos de amor y provechosos efectos de virtud, que se conoce reciben el manjar verdadero del alma, que es la sagrada comunión, y acuden sin faltar ninguno con los religiosos a las disciplinas de lunes, miércoles y viernes, que tenemos de constituciones y muchos desean con vivas ansias el tiempo de la santa cuaresma y adviento para repetir las disciplinas todas las noches y las comuniones cada domingo y las fiestas principales.

Las almas que se han logrado y han merecido bañarse en el jardín sagrado del divino sacramento del Bautismo pasan de quince mil, según una minuta que hice siendo indigno prelado de aquella santa conversión, donde alcancé aquellos apostólicos y primitivos ministros, hijos de esta Provincia (de los Doce Apóstoles), que descalzos y desnudos, a costa de mucha paciencia y espera con indecibles trabajos, sudor y mucha sangre, habían sembrado, plantado y cultivado, ingeniando fuese con muy profundas raíces la virtud, religión y devoción que yo experimenté y vi en aquellos indios que antes fueron posesión del demonio. La gente que hoy tiene en ser no puedo asegurarlo, porque ha diez años que por buscar la nación en que hoy trabajo, salí de allá donde las continuas pestes minoran cada día el gentío. Trata de esta conversión la Crónica de esta provincia compuesta por el Reverendo Padre fray Diego de Córdova y Salinas desde el capítulo 25 hasta el 30.

La segunda conversión que tiene en ser esta provincia es la de Cajamarquilla, pues aunque se empezó la última, más el celo del Excelentísimo Conde de Castellar con el encendido espíritu con que la fomentó y socorrió, la

adelantó y puso en estado que hoy es lo más florido que tiene la provincia, donde el ardiente celo de los ministros hijos de esta provincia trabaja con mucho logro y provecho de las almas, reduciéndolas a pueblos y fundando iglesias, donde acuden con encendidos afectos por el pasto espiritual de la Doctrina cristiana todos los días. No puedo dar más individual noticia porque no lo he visto; los ministros a quienes la tiene encargada la religión lo harán cuando se les pida.

La que sin méritos por feliz suerte me ocupo y me tiene encomendada la religión y la que ha reservado con especial providencia del cielo al patrocinio de Vuestra Excelencia, en que desahogue el celo de su abrasada caridad, es la tercera de Nuestra Señora de los Angeles de la nación de campa, que dista cuarenta leguas de la provincia de Jauja. Sus primeros habitantes que hemos reducido a un pueblo cuyo título es Santa Cruz del Espíritu Santo (de Sonomoro); esta nación es muy dilatada y su idioma corre en lo general (aunque en algunos vocablos varían) más de cuatrocientas leguas por una y otra parte. Confina por la parte del norte con los Comonomas, Callisecas y Conibos, de quienes reciben gravísimas molestias, cautivan sus hijos, matan o degüellan los viejos y viejas que no les pueden servir de esclavos, por beberles su sangre revuelta en la chicha que hallan y las cabezas las llevan para muestra de su valor, porque estas y los corazones es el signo de sus casas: pues cuantas más cabezas y corazones tiene colgadas alguno, tanto es más valiente. Por la parte del sur tiene por confines los andes de Huanta y Huamanga, que también hablan el mismo idioma y corre más adelante hacia el Cuzco. Yo no he visto aquellas bocas, mas un religioso que fue mi primer compañero en esta conversión, por ser de la Provincia del Cuzco, le mandaron lograrse su espíritu en las conversiones que tiene su provincia y haciendo entrada por Carabaya, me escribió confinaba con nosotros, porque halló en los indios de adentro noticias ciertas de nuestra fundación. A quien también alentó el fervor del Excelentísimo Señor Conde de Castellar, socorriéndole liberal y caritativamente con cinco mil pesos y dio para guarda de los ministros capitán y soldados que fuesen escolta para que los ministros pudiesen obrar con más seguridad.

Desde el año de 1665 que asistí misionario en la nación de Callisecas tuve noticias del mucho gentío que era la nación de los Campas y experimenté lo dócil y apacible de sus naturales, por algunos cautivos que tenían los Callisecas, que, devotamente inclinados a aprender a rezar, eran los primeros en la iglesia, especialmente una india de dicha nación que catequicé y mereció el santo bautismo con seguras señales de predestinada, la cual me decía que los de su nación tenían noticias de los Padres y que los deseaban mucho, que fuese a enseñarles, que me recibirían con especial amor, como lo he experimentado.

Desde entonces adquirí algunos vocablos de su idioma por llevar principios, si mereciera la dicha de misionario cuando llegara el tiempo destinado por la divina providencia para descubrir tan copiosa mies y dilatada nación y para este fin y para que fuese Colón de su nación, crié desde entonces un muchacho bien pequeño que pude haber de los cautivos que tenían los Callicsecas, que ha salido fiel y permanente hasta hoy, predicando a los suyos la verdad de nuestra santa fe, como pudiera un ministro muy fervoroso.

También se hubo entonces otro cautivo adulto que con las especiales e individuales noticias que daba de su nación, avivaba los espíritus, siendo espuela al más tibio; a mí por lo menos lo fue y desde entonces me abrasaba en fervorosos deseos de descubrirlos, sacando al dicho indio a Panataguas. En el pueblo de San Buenaventura de Tulumayo, asistiendo el día de Corpus a la procesión solemne, hizo reparo en una hermosa custodia que llevaba el sacerdote en sus manos, quien advirtiéndome el alboroto que tenían los demás indios con el recién venido por lo que informaba y decía, acabada la procesión le hizo llamar e inquiriendo la causa del desasosiego que tenía, dijo el indio que en su tierra, más abajo de su nación, había un señor muy poderoso a quien reconocían y rendían vasallaje muchas y diversas naciones con los * (ilegible) y de ellas, el cual traía en la cabeza y se coronaba con una diadema de rayos de oro, a manera de la que el Padre traía en sus manos. Llamaban el gran señor: unos Gabeinca, que quiere decir el poderoso Inca; otros le llaman Pachacama, que dice el Dueño y Señor de la tierra; otros le llaman el Rey Enim, atribuyéndole el dominio de las aguas, de donde toma su denominación el gran Río Ene, cuyas aguas pasan rindiendo la obediencia y besando por ambas orillas las faldas de dos tan famosos como suntuosos pueblos, que a la verdad no son sino ciudades, que está una frontera de otra, a manera de fuertes castillos para que no pase cosa por el río sin el exámen de sus ministros. El un pueblo se llama Picha, que está a la banda izquierda del río; y a la mano derecha el otro; Masarobeni o la ciudad donde habita el Rey, que está pasadas dichas dos poblaciones, es tan grande que en un día entero no se puede andar y algunos dicen en tres. Vióla un religioso llamado fray Gaspar de Vera, predicador, religioso de toda verdad, gran ministro del santo evangelio y de virtud conocida, que manifestó Dios con algunos prodigios en su muerte; el que yo vi fue que la cera con que se alumbró toda la noche su cadáver, que fueron cuatro cirios y cuatro velas de a libra y la que sirvió al entierro, que fueron ocho de cada género dicho, que puso un devoto, no mermó un adarme siquiera, de que soy testigo con otros muchos que lo admiraron. Este siervo de Dios vio por sus ojos desde la falda de la cordillera la dicha ciudad que decía era una nueva Sevilla, cuyos edificios y torres daban claras muestras probando con evidencia la soberanía y grandeza de la majestad de su dueño; no pudo por entonces arrojararse adentro, porque no convenía ni tenía orden para ello.

Sírvese el dicho Rey con vajillas de oro, los platos hechos en forma de mates, el palacio donde vive le adornan hermosas colgaduras de plumas que siendo de diversas aves de varios y hermosísimos colores sobre paños de algodón entretejidas curiosamente forman exquisitas y singulares labores y bordados, que sirven de materia a la admiración y de deleite a la vista. Los materiales le ofrecen a manera de tributo las naciones que le reconocen señor; porque unos pagan tributos en plumas y pajaritos muertos que le ofrecen en unas petaquitas curiosamente labradas de juncos y carrizos, que las he visto varias veces; otros en oro, por ser tierra de él y tenerle en abundancia, otros lo dan en flechas y de esta suerte tiene distribuida y determinada la materia del tributo según la diversidad y poder de las naciones y vasallos.

Las provincias que le tributan de que tengo ciertas y casi palpables noticias son los Omaguas, Camanaguas, Conibos, Campas, Camparites, Tomeri, Sagoreni, Pisiatari, y los bravos Araquirianos y Apererianos y la gran nación de los Trabas, que confinan con los españoles que hacen entradas por la tierra de arriba; y otras muchas naciones y parcialidades que no pongo por no tener la certeza que de estas otras, de quienes he experimentado y visto la gente y naturaleza que me han venido a ver en diversas ocasiones. Cuando fui Prelado, aunque indigno de la conversión de Panataguas, hice entrada dos veces solicitando descubrir esta nación y aunque caminaba hacia el sur, que es a donde caen respecto de Panataguas, nunca pude dar con ellos, porque la aspereza por aquella parte es mucha y la serranía dobladísima, y acordándome que aquel indio había dicho que distaba su nación del Cerro de la Sal doce días, que él solía de ordinario salir todos los años por sal, determiné buscarlos por esta parte y tuvo buena ocasión mi deseo, porque entonces salían seis ministros, hijos de esta provincia, a entrar a dicho Cerro.

El año de 1671 concedió la obediencia a seis ministros que hiciesen entrada al Cerro de la Sal por la parte de Huancabamba, donde (aunque de paso) logró la fervorosa predicación de los religiosos copioso fruto de muchas almas, que con el santo bautismo enviaron al cielo, especialmente de angelitos y cerca de 800 almas que a instancias de su fervor se redujeron a pueblo, así de la nación de los Amajes, como de los Pacaries. Pasaron a ver el famoso Cerro de la Sal, que le hace maravilla del mundo o prodigio de la providencia soberana la sal que produce, sustento de toda la multitud de gente que habita aquel nuevo mundo.

Es el Cerro de la Sal un cerro no de los mayores, a manera de loma que cría y produce a manera de mina un género de sal colorada en piedra, que a veces sale tan maciza y pura que realmente parece piedra, sin mezcla de tierra alguna; es muy sabrosa y sala mucho, y es la que más estiman los indios de adentro, porque aunque en algunas partes ha producido Dios algunas cochas o arroyos cuyas aguas son muy saladas y cocidas a puro fuego las congelan en panes de sal, quieren más la de piedra y la del Cerro de la Sal, dicho,

por más picante y sana. Viven en las faldas de este Cerro y a los alrededores muchos bárbaros, totalmente bárbaros en su estilo, crueles y traidores. En su trato, pues, cuanto son de cariñosos en el principio, descubren después de alevosos y taimados haciendo burla de los ministros, si no los matan como lo hicieron con el Padre fray Cristóbal Laríos y fray Jerónimo Jiménez, ambos de esta provincia y a algunos españoles que por la parte de Tarma habían entrado años atrás. Por donde también entraron los Reverendos Padres fray Gonzalo Tenorio, fray José Quevedo, fray José Tamayo, fray Luis Camargo y otros religiosos hijos todos de esta santa provincia y conociendo la protervidad de los indios y su malicia, los dejaron. Dista este cerro de los Amages por Huancabamba cinco días de agrísimos caminos, cuya aspereza es insoportable e invencible. Por Tarma de los primeros Andes que están en Quimiri dista tres días, porque es travesía y de más tolerables caminos.

Pasa por sus faldas un río, que aunque no es segura su navegación a los principios, a poco trecho se junta con el de Chanchamayo, Uchubamba y otros hasta dar en el grande Ene, donde yo le he navegado muy crecido; por este río se conduce toda la sal en balsas de ocho y diez varas de largo, cargadas de proa a popa, diez y veinte balsas continuamente, y vez hubo que vimos sesenta balsas juntas, y siendo así que el uso y gasto de la sal en toda la tierra es tan parco y con tanta cuenta que cosa ninguna salan solo en la comida, cuando quieren comer revuelven en el plato o mate una piedra de sal que más parece ceremonia que dar gusto o sazón y luego la secan al fuego y vuelven a guardar; pues si gastándola de esta suerte se carga tanta sal, qué gente la consumirá?

El río va por aquella parte tan horroroso que al más olvidado le traía a la memoria aquel prodigio singular del fervoroso celo del Padre Predicador fray Matías de Illescas de esta provincia, que acompañado de dos religiosos de la provincia de Quito, a quienes ni lo rápido de aquellas corrientes pudo detener las avenidas de su espíritu; ni la frialdad de aquellas aguas pudo extinguir o resfriar los incendios de su abrasada caridad, pues llevados del fervor de salvar la multitud de almas, se arrojaron los tres en una balsa río abajo y hasta hoy no se ha podido sacar en limpio la verdad de lo que se hicieron. Algunas noticias he tenido de que están vivos trabajando y haciendo mucho fruto en una populosa ciudad, en donde ni entrada ni salida se permite de *(ilegible) alguno, pena de la vida.

Por ser la fragosidad tanta y el arrojarse por el río temeridad inútil por buscar mejor puerta nos comportamos los ministros. Mis compañeros escogieron la entrada de Tarma por Quimiri, donde el año de 1673 fundaron un pueblo dedicado a la gloriosa Santa Rosa, en donde recogieron poco más de doscientas almas, que con desvelado cuidado aprendían la doctrina cristiana, y los muchachos especialmente fue tanto el amor que cobraron a los religiosos, que por estarse con ellos faltaban a sus padres naturales y se nega-

ban a los entretenimientos pueriles por gozar el pasto de la divina doctrina de los labios de los sacerdotes.

A mí me tocó entrar por la parte de Comas, doctrina de mi religión en el corregiendo de Jauja, última hacia los Andes, por donde hasta entonces ningún ministro había penetrado; su aspereza ni sus naturales merecieron antes oír la divina doctrina de nuestra santa ley; pues aunque o con soberanos y especiales impulsos o con los rayos de la razón solicitaron con verdaderas ansias y fervorosos deseos tener ministros que les guiasen a puerto seguro de su salvación, a que salieron en algunas ocasiones hasta Jauja, siempre se opuso la aspereza inaccesible que ha tenido esta entrada, que si por doquiera reconoce mucha como muralla con que parece quiso dividir la naturaleza aquel mundo de este; o como baluartes fuertes e incontrastables con que el enemigo común asegura el dominio o posesión de tantas almas, por esta parte se esmeró la fragosidad como fortaleciendo el portillo del corazón de aquella tierra que por aquí se le coje de medio a medio, y en el gentío todo lo que hacía terrible e incontrastable esta entrada era la frialdad de tres cordilleras, punas agrísimas, después deja * (ilegible) se han de pasar, y la última que está en la entrada y boca de la montaña especialmente le hacían inaccesible los muchos pantanos y ciénagas y como todo se comunicaba a pie (que mulas era imposible ni imaginarlo) cargando los ornamentos a las espaldas, el agua y ciénagas a la rodilla siempre, y algunas veces a la cintura, de la mañana a la noche en aquel hielo que abrasaba: *Deus scit quod non mentior* (2 Cor. 11, 31). Es verdad llegábamos a veces al trance de espirar y aun fuera lisonja la muerte para alivio de tanto padecer. Pudiendo decir con San Pablo: *Quonian supra modum gravati sumus supra virtutem, ita ut tederet nos etiam vivere* (2 Cor. 1, 8).

El Padre Predicador fray Alonso Zurbano de la Rea, cura que era entonces de la Doctrina de Santiago de Comas (en quien se reconocen las propiedades de hijo verdadero de mi Seráfico Padre en la pobreza, penitencia y lo más en el fuego de amor divino y celo de la salvación de las almas) conociendo las muchas almas que se pudieran lograr con el santo bautismo si hubiera ministros por aquella parte, donde experimentaba que salían muchos infieles todos los veranos a su Doctrina, solicitaba muchos años había con ansias del alma religiosos ofreciendo asistirles con cuanto le rindiera la Doctrina, sin que faltase en lo posible alivio, sustento y todo lo necesario. Como hasta que le envió la obediencia y nombró por Prelado de la conversión de Panataguas lo continuó siempre con caridad tan singular y celo tan fervoroso, que puso muchas veces a conocido riesgo la vida, guardándosela Dios milagrosamente en muchas ocasiones, especialmente en tres, que se despeñó desde los altos peñascos de aquella áspera sierra y frigidísima puna, donde personalmente andaba lo que le permitía el tiempo, habriendo caminos, solicitando veredas por donde socorrer a los ministros y aliviar, que cargasen los infieles. Ha sido

forzoso esta memoria para desembarazar lo restante de la historia y por dar a cada uno lo que es suyo: redite ergo quae sunt Caesaris, Caesari (Mat. 22, 22). Para que se sepa que todo cuanto se obró en esta santa conversión se debe al celo de su espíritu, pues en todo concurrió con caridad ardiente. En la presente ocasión de nuestra entrada nos avió con cuanto pudo la solicitud de su amor, así en el sustento como en lo necesario de herramientas, hachas, machetes, cuchillos, agujas, abalorios y lo demás con que se acaricia a los indios, que todo lo previno su cuidado, y nos acompañó con la gente que pudo de su Doctrina hasta lo último de aquellas tierras y boca de la montaña.

Jueves día de la Ascensión del Señor once de mayo del año de mil seiscientos y setenta y tres (1673) fue nuestro más feliz día, porque salimos para aquella tierra, donde no había llegado planta de ministro, con un religioso lego llamado fray Juan de Ojeda y dos hermanos donados, que descalzos y desnudos, a pie con nuestras cruces en las manos escalamos aquellas murallas, penetramos aquella aspereza (que por más que se diga no es muy fácil como ello es explicarlo). En ocho días que tardamos hasta los primeros infieles ni conocimos cosa seca en nuestros cuerpos ni hallamos un palmo de tierra que estuviese enjuta para alivio del cansancio y restaurar el trabajo del día, que desde que salía el sol hasta que se ponía nos duraba el caminar sin más refección que un pedazo de queso y un poco de maíz tostado; y el monte tan espesamente cerrado que menos que como culebras arrastrándose por el suelo, no era posible penetrar algunos pedazos, otros descolgándonos con sogas vencíamos los altos peñascos y murallas. Finalmente Dios venció, que a su divino amor no hay imposible, que de los más agudos garranchos y espesas espinas (de que abundan los montes) sabe hacer tiernas flores y de las más duras guijas mullidos colchones.

Miércoles, pues, siguiente a diez ya cerca de la noche nos recompensó el Señor en gozo todo lo que habíamos padecido los días antecedentes, porque dimos vista al blanco de nuestras ansias: hallamos el imán de nuestras penas, topamos digo bien de repente con treinta indios infieles, que sabiendo de nuestra venida habían salido con su curaca Tonté que hoy se llama D. Diego de los Angeles, abriendo camino por lo espeso de la montaña y tenían ya más de seis leguas abiertas a manera de calle tan ancha y desembarazada que pudiera muy bien tirar una carroza, cercada por una y otra banda de palmas entretejidas que formaban curiosas celosías que divertían el cansancio y entretenían la vista, hermosos arcos que a trechos había prevenido su cuidado entretejidos de diversas flores y ramas haciendo con la variedad singular su hermosura, el camino tan limpio que se mostraba bien estar barrido a mano, pues ni aun una hoja de árbol había en él. Antes que encontrásemos los indios infieles dimos en una ramada grande formada de palmas donde tenían muchas camisetas nuevas, que es el vestuario que usan curiosamente pintadas, a manera de ajedrezado, muchos plumajes vistosos, arcos y flechas y un gran repostero de fruta, piñas, plátanos, papayas, yucas y otras frutas silvestres.

tres y aunque conocí que era agasajo para nuestro alivio, no permití que indio alguno de los serranos que iban con nosotros llegase a nada; porque no había allí infiel que nos lo diese o dijese era para nuestro refrigerio; porque he entendido siempre que a los bárbaros enseña más que la palabra, la obra y el ejemplo. Y así estimulando mucho nuestro comedimiento que les dije no usábamos los cristianos coger nada sin que nos lo diesen, porque no se perdiese su afectuosa prevención enviaron luego por ello, con que nos festejaron y regalaron toda aquella noche. Claras señales y muestras todas del amor con que nos deseaban y de las ansias con que hasta hoy solicitan su remedio.

Jueves siguiente 18 caminamos lo que duró el sol, hasta las primeras estancias o rancherías del curaca que nos guiaba por hermosísimas pampas y llanadas de Montaña Real tan alta que apostando con las nubes al arboleda daba con su variedad especiales motivos de alabar al Criador soberano, que en aquella espesura puso también delicias de primavera. Al llegar cerca de la casas el curaca Tonté se adelantó y deteniendo toda la gente quiso entrarse y por delante (que es uno entre ellos que vaya el principal por delante y entre el primero en cualquier parte que llega) entendí luego el estilo y prevení el fin, porque oí los atambores, pífanos, flautas y danzas con que todos, mujeres y hombres, formaban varias tropas, diversamente vestidas a su usanza, para solemnizar el recibimiento y rendir obsequiosa obediencia, en señal de lealtad y firme amor que prometían; no quise dar paso adelante hasta sacar del ornamento una héchura de un santo Cristo muy devoto que llevaba y a quien solo fuese la gloria de aquel festejo: *Soli Deo honor et gloria: non nobis, Domine sed nomini tuo da gloriam* (1 Tim, 1, 17; Salmo 113, 9): no a mí, sí al Criador omnipotente debían rendir las veneraciones que prevenían: *Vide ne feceris, Deum adora* (Apost. 22, 9). Levantele en un asta grande como Dueño del triunfo entonando el *Te Deum laudamus*, que prosiguieron acompañados de las chirimías los cantores de la Doctrina de Santiago de Comas que iban y otros cristianos que en dos alas formaban una procesión tan tierna como devota, pues el Redentor de las almas desde lo alto de aquella cruz que llevaba en mis manos, mejor que la serpiente de metal que alzó Moisés, ofrecía vida verdadera a los que se valiesen de su muerte y se aprovecharan de su divina sangre; o cual cándida paloma con la oliva de misericordias, que mostraba en sus llagas, aseguraba habían acabado ya los rigores de la Divina justicia, que en tantos siglos tenía ahogadas en la ceguedad de su ignorancia aquel gentilismo; o cual divino iris pronosticaba perpetua paz firmándolo con su sangre; o como verdadero Dueño tomaba posesión de su heredad, que compró a precio de su vida de aquellas almas que tantos tiempos atrás les tenía tiranizadas el demonio: *Nunc princeps huius mundi ejicitur foras et ego si exaltatus fuero a terra omnia traham ad me ipsum* (Juan, 12, 31). En esta forma tan devota y con ternura más que singular (que a la verdad no sé cómo movía paso) rodeados y cercados de infieles cuyo alborozo significaban a gritos clamoreando a los cielos, vestidos unos de algodón

labrado, otros pintado, otros de plumas, unos con páfanos, otros con atambores, y las indias por su parte con otras diversidades, y todos a una manifestaban el gozo de sus almas con los signos de sus instrumentos y clamores de sus cantos. Llegamos al medio de una hermosa plaza que tenía con el verso *Te ergo quaesumus*, que es estilo en mi religión decirlo de rodillas, porque le pedimos a Dios favorezca a sus siervos redimidos con su preciosa sangre. Si el compañero no me levanta, yo no lo podía hacer ni atinaba a desasirme de los pies de mi Señor que fijé allí mismo; donde se estuvo hasta el día siguiente que se colocó una hermosa cruz. A imitación llegaron los demás compañeros a besar los pies de mi Señor y siguieron los demás indios cristianos, luego los indios infieles con su curaca, que pudieran ser ejemplo a muchos cristianos, pues con las dos rodillas en tierra y muchas lágrimas en los ojos fueron todos hasta el más mínimo muchacho besando los pies al santo crucifijo.

Acabada esta tiernísima ceremonia dije en voz alta: En nombre de Dios todopoderoso y de la Santa Iglesia romana y de nuestro Católico Rey y Monarca Carlos Segundo (que Dios guarde) y de mi Religión Seráfica tomo posesión de esta tierra, y arrancando algunas hiervas, con las demás ceremonias acostumbradas, correspondieron las chirimías a la solemnidad dando lugar a recogernos, a una casa grande con su ramada o corredor toda de palma que nos tenía prevenida el curaca, donde descansamos hasta el día siguiente que acudimos a colocar la santa cruz que de una palma entera labraron muy hermosa y puesta con toda devoción explicándoles lo que significaba y sus misterios, dimos lugar a los bailes y festejos, con que todo el viernes solemnizaron su gozo, hasta que el sábado siguiente les advertí era necesario madera para armar una capilla, y como el domingo inmediato era Pascua del Espíritu Santo, aunque fuese en un ramadeja, propuse celebrar el altísimo sacrificio, consuelo y alimento de nuestras almas. Aun no lo hubieron bien entendido los infieles, cuando con devota porfía todos se repartieron, unos por palmas, otros por maderas, otros a abrir agujeros; dándose tan buena maña su devoción, que a la tarde tenían acabada una hermosa capilla, fuerte y curiosa, que parecía obra de muchos meses, que estrenamos con las albas de la Virgen Santísima nuestra Señora; y el Domingo, Pascua del Espíritu Santo, 21 de mayo, se cantó con la devoción y solemnidad posible, la misa del Espíritu Santo, que fue la primera que se dijo en aquella tierra; y después de haberles ponderado los bienes de nuestra santa ley y los riesgos de su ceguedad bárbara, el curaca Tonté pidió licencia que quería él solemnizar su capilla y tomando a su cargo el festejo, se vistió de plumería, siguiéndole todos con páfanos y vistosos penachos de plumas de varios colores en las cabezas; entraron a la iglesia danzando, y después de gran rato que acabaron se vinieron a nosotros a hacernos la salva, que se tuvo a cosa singular y muestra de mucho amor; porque los curacas nunca danzan si no es a un gran señor, y así el dicho Tonté luego que nos hizo algunas mudanzas, que significó era solo por alegrar-

nos, le entregó a un hijo suyo los instrumentos del festejo, que prosiguió y mantuvo todo el día.

Toda esta semana siguiente nos entretuvieron las embajadas de las naciones y curacas circunvecinos, que en muestras de regocijo que recibían de la aventura de nuestra llegada, despacharon luego sus embajadores que rendidos dieron la obediencia a nuestro Católico Rey y Monarca Carlos Segundo (que Dios guarde y a quien postradas rindan la obediencia cuantas naciones pueblan aquellos montes) en su cesáreo nombre lo recibí y agasajándoles con el cariño posible, los despaché cargados de algunos dijes, de herramientas, cuchillos, agujas, trompas y otras, que aunque niñerías es lo que más estiman y aprecian, avisándoles a todos excusasen la prevención que hacían cada uno con la mayor parte de su gente de venir a vernos, prometiéndoles que en breve los iría a ver personalmente y les daría a conocer al verdadero Dios y santa ley que enseñaba. Los primeros que llegaron y remitieron sus embajadores fueron los Pangoas, Menearos, Anapatis y Pilcosunis, que caen y tienen sus habitaciones hacia la parte del sur; de la parte del norte enviaron los Satipos, los Capiiris y los Tomirisatis. De abajo, esto es, hacia el nacimiento del sol, enviaron solo los Cobaros y Pisiataris; porque los de más adentro no solo mostraron gran sentimiento de nuestra llegada que se enojaron y quitaron el habla a nuestro curaca, sino que fueron especiales instrumentos con que intentaba el demonio estorbar el remedio de tantas almas, pues no contentos con haber repetido tres veces sus embajadores con grandes amenazas y crueles bramonas, amenazando de muerte a los que nos tenían, si no nos echaban o mataban; enviaron por último cuarenta tan bravos como fieron bárbaros, de crecidos cuerpos, fornidos miembros, dobladas y anchas espaldas, que * (ilegible) y achatadas las caras, coléricos y enojados hacían horrorosa vista que pudieran llenar de miedo a quien no tuviese entregada en manos de Dios su vida. Desde la cinco de la tarde hasta las seis de la mañana se llevaron toda la noche en peso, porfiando a grandes voces que nos habían de matar (que el estilo de hablar de ellos y dar sus embajadas es a manera de conclusiones). El amor de nuestro curaca Tonté nos defendió con tan grande tesón, que por la mañana no podría echar la voz de ronco, ponderándoles el fin de nuestros deseos: el remedio de sus almas, lo infalible de su condenación que supo ponderar muy bien en su propio idioma, lo que yo valiéndome de algunos vocablos de la lengua general y algunos de la suya había procurado darles a entender; que comprendió tan bien que desde entonces hasta hoy con fervor raro siempre que hay gente extraña les propone la verdad de nuestra ley, procurando reducirlos a que formen pueblo, donde los Padres los enseñen y den a conocer el verdadero Dios. Hubiera pasado a muy pesado disgusto y más porfiada riña si la Majestad de Dios (que sé envía a sus ministros como corderos en medio de lobos, promete animarlos estar con ellos y acudirlos siempre) no hubiera mudado tanta fiereza en mansedumbre de corderos;

pues después de habérsele suplicado con instantes lágrimas en el santo sacrificio los llamé (que aún no me habían visto la cara) y proponiéndoles cuatro palabras, que el Señor dictó y encendió en sus corazones con tan visible mudanza, que arrojándose instantáneamente a mis pies, con lágrimas me pidieron que no me fuese y les perdonase, que para otro año vendrían por mí para que en su tierra sembrase tan divina doctrina; festejélos con los acostumbrados agasajos de dijes que repartimos para muestras de afecto y ganar voluntades; tan encendidas las llevaron estos y tanto supieron decir que luego inmediatamente vinieron los Cuyentimaria, los Sanguirenis, Zagorenis, Quintimiris y los del gran río Eni; todos estos son hacia la parte del oriente.

Quién significará el placer, o qué lengua habrá que sepa estimar el gozo que llenaba nuestras almas, exprimiendo la multitud de bárbaros que no pudiendo tener con la espera el gozo de merecer ministros y el deseo de experimentarlos, venían a tropas con más fervor y gozo que pudieran otros afectivos convites; fue necesario salirles al atajo, abreviando el irles a ver a su tierra, para que ya en el nuevo pueblo con la gente que se iba juntando, y por la poca comida que había iban asomando algunos achaques, ordinaria cruz que nos sigue, que parece que el plantar el santo evangelio es convocar a las pestes, que si son feliz otoño en colmada cosecha de almas que con el santo bautismo enviamos al cielo, son también el erizado invierno que deshace todo nuestro trabajo, desvaratando los pueblos, ahuyentando los indios, que con la vida que dan a sus antiguas estancias y quebradas, de donde la solicitud de los ministros con indecible fatiga los saca para reducirlos a pueblo. Fui primero (porque lo merecía la solicitud y repetidas ansias con que nos venían a ver) a los Pangoas, pasé a ver a los Menearos y caminando hacia los Anapatis en el camino me dió con tan repentino achaque de ir por un río que se camina dos días, atravesándole por una y otra parte con el agua a la cinta y a los pechos; secándose la ropa en el cuerpo de suerte que me hubieron de volver cargado en cuanto que estuve a la muerte; mas salió bien pagado el achaque, porque cincuenta y tres almas movidas de las pláticas que les hacía, que todas las noches se juntaban donde quiera que había gente, se vinieron conmigo a nuestro nuevo pueblo sin quererme dejar aunque más les prometía socorrerles con ministros que les enseñasen en sus mismas tierras, a que había despachado ya al compañero con algunos indios fieles de aquella nación que solicitó el curaca Tonté al Cerro de la Sal, donde habían quedado algunos religiosos sin poder pasar de allí por la aspereza de aquella parte y por no desamparar el sitio hasta ver si conseguíamos mejor entrada.

Llegó mi compañero al Cerro de la Sal y certificó a los religiosos de la abundante pesca que llenaba las redes de nuestra dicha; no como vecinos, como dueños propios acudieron a lograr la suerte de nuestra ventura, sacando a las playas de la gloria bien cargadas las redes; y pues ya pasaban de quinientas almas las que habíamos visto en el nuevo pueblo de Santa Cruz del Espíri-

tu Santo, sin las que a los alrededores había ansiosos por ministros que los enseñasen, que en las veces que yo y los demás religiosos pudimos visitarlos reconocimos pasaban de dos o tres mil almas los que hay en diversos sitios, de seis a ocho días, porque cuando vinieron del Cerro de la Sal los religiosos hallaron por aquella parte que pasaban de seiscientos los que vieron y de quienes recibieron tanto agasajo, que fueron motivo y causa para que empezasen las fundaciones por aquella parte, para unirnos con los religiosos que asistían en Quimiri, entrada de Tarma, y todos nos diésemos las manos.

Viento en popa caminaba la nave del santo evangelio, pues no solo los vecinos más cercanos, sino aun los muy distantes habían rendido la obediencia y los más dejado las conveniencias de sus habitaciones (que con la libertad, abundancia de caza y pesca podían brindar al ocio más descansado) por vivir en el nuevo pueblo, donde se les enseñase la divina doctrina, que aprendían con tan infatigable cansancio que no era molesto al gozo de enseñarles, pues de la mañana a la noche sin apartarse de nosotros se estaban con indecible tesón repitiendo la doctrina cristiana, que a los tres meses los más sabían ya las cuatro principales oraciones y los niños el catecismo y lo principal de la doctrina cristiana, el ayudar a misa y algunos himnos que cantamos al alzar de la hostia en la misa, como el *Pange lingua*, *Sacris Solemnis* y otros que en la lengua general del Inga compuso el Ilustrísimo Señor Oré en su Doctrina Cristiana; era tan fervoroso el deseo de aprender todo cuanto nos oían, juzgando que todo era doctrina cristiana y necesario saber para ser bautizados, que en oyéndonos entonar el Credo o el Gloria (ordinario divertimento de los religiosos y más de lo delicioso de aquellos campos cuya amenidad convida) era lo mismo que si se tocara una campana a rezar, porque a carrera suelta, grandes y pequeños, avisándose unos a otros decían: *Achuqueri Dios, achuqueri Dios*, que quiere decir: a rezar, o alabar a Dios; y de esta suerte llegaban corriendo donde los Padres estaban cantando y acompañando devotamente, repitiendo lo que oían, a muchos se les quedó de memoria el Credo y Gloria en latín.

Con la llegada de los compañeros se duplicaron crecidamente los gozos y se fervorizaron más las ansias de los indios, alegando cada parcialidad ser más ferviente su deseo, más leal su amor, más a propósito sus sitios para habitación de los Padres. Suspendióse la determinación hasta que llegase el siervo de Dios fray Francisco Izquierdo (bien merece este estilo quien mereció dar testimonio de la verdad que predicaba con la sangre de sus venas) que con la vida le sacó a flechas la ingratitud de aquellos bárbaros, a quienes con ansias del alma deseaba comunicarles la eterna. Bien había menester de mi San Buenaventura la pluma para escribir de este perfecto religioso la vida, que fue ejemplo de religión, dechado de virtudes, corriendo por todas con singular perfección. Siguió al Divino Cordero en pos de su divina fragancia hasta dar la vida por la exaltación de la santa fe, a quien regaló y preparó el Altísimo

Señor para su dichosa muerte con el dulce cáliz del padecer en pluma de San Gregorio: asegura Dios la corona cuando concede la pena: *Iam vos locus delectat celsitudinis, sed prius via exerceat laboris* (S. Gregorio, Homil. 27 in Evangelis). Sucedióle en la ocasión que voy refiriendo que fue de lo más raro, terrible y singular que aconteció a ministros del santo evangelio. Viniendo, pues, del Cerro de la Sal este mártir del Señor con tres religiosos no perdía ápice de tiempo su abrasado celo procurando ganar para Dios las almas de aquellos bárbaros que le traían en las balsas recompensándoles el beneficio: enseñarles la verdad que ignoraban guiándolos para el cielo, a que se enderezaban sus pláticas, de día en las balsas instruyéndoles en los ministerios de nuestra santa fe y de noche en tierra en cualquier posada que llegaba. Hospedóse una vez en casa de un infiel que estaba a la muerte y su copiosa familia en los cariños y agasajos parece motivaron a su abrasada caridad a que juzgase sería culpa grave si pasaba delante sin echar aquella alma al cielo o dejarle muy bien instruída y aleccionada en nuestra santa fe: despidió a los compañeros para que me ayudasen en la mucha mies que ya tenía prometiendo sería breve con nosotros; quedóse solo entre aquellos bárbaros logrando el celo de su espíritu, más como este era tan grande y tan abrasado en el fuego de amor divino, mejor que Alejandro (Magno) lloraba no tener mil mundos de almas que conquistar para Dios; y así luego que consiguió catequizar aquel alma, sabiendo que los de Quiringa eran muchísima gente que para explicar los indios el gentío que hay lo significaban con puñados de arena. Deseoso de traer a la verdadera luz y sacar de la sombra de sus tinieblas aquel gentilismo bárbaro, salió solo con su bordón y breviario, como hijo verdadero de mi Seráfico Padre, o como apóstol del Señor sin alforja ni más prevención que la Providencia divina, seguro asilo de sus esperanzas. Tiró por aquellos montes siguiendo incógnitas veredas, estuvo un mes entero perdido por lo inculto de aquella montaña, donde si algunas veces topaba algunos bárbaros, eran tan crueles que el amor de enseñarles y la luz que pretendía comunicarles en su santa doctrina le pagaban con arrojarlo a los montes, a que fuese cebo de los brutos y fieras; varias veces me dijo encontró hartos tigres, culebras, víboras y otros animales de que abunda la montaña, que o no le veían, o lo más cierto no permitía Dios le ofendiesen, pues pasaban sin hacerle lesión ninguna, y vez hubo que durmió sobre un hormiguero (porque donde le cogía la noche era el mullido colchón de su descanso), de un género de hormigas tan bravas y carniceras que cuando topan de carne en un momento lo dejan en el hueso o espina, sin que se escape de su presta cuando violenta fiereza ni el tigre más bravo ni la más arriscada culebra, porque los millones de ellas que andan juntas en un improvisado hacen su oficio; sintiendo el peso del nuevo huésped que dormía sobre sus casas, salieron a tropas y en un instante deshicieron el grueso sayal de una túnica que era todo su vestuario y llegando a las carnes, sintiéndolas puras, veneraron su santidad, dejándolas intactas. A la mañana cuando se halló desnudo, la túnica hecha ti-

ras (que la merecí tener y guardar mucho tiempo hasta que la humedad de la tierra la consumi6), y advirti6endo que habia sido hormiguero el sitio de su descanso, con las rodillas en tierra di6 rendidas gracias alabando al Criador omnipotente, y despidi6ndose de sus comedidos hu6spedes prosigui6 su peregrinaci6n.

Oh soberano y omnipotente Dios, bendita sea tu providencia, venerados tus inescrutables juicios, loada tu misericordia; qui6n sino T6 pudo defender la vida de este cordero humilde metido entre tanto carnicero lobo, que si unos sin quitarles la vida lo echaron a las fieras, lo dejaban en lo desierto de aquella aspereza inculta, otros a palos y empujones lo repeli6an de sus casas, aun cuando el cielo se desataba en diluvios de agua (que en todo tiempo aunque sea verano no hay d6a seguro, pues aun cuando m6s despejado promete seguridad se desmandan a veces algunas nubes que parece se constituye de nuevo el invierno), quiz6 entendieran podr6an las materiales aguas apagar el abrasador fuego que fomentaba aquel religioso pecho. O ser6an bastantes a consumir el poco calor natural que vivificaba aquel cuerpo. Yo conozco un indio de los que echaba de sus casas a dicho Padre y se atrevi6 este a ponerle las manos sac6ndole a empellones y aun dicen que a palos lo ech6 al monte estando lloviendo furiosamente, crueldad de b6rbaro, pero hasta hoy est6 pagando su impiedad infiel, porque ha quedado baldado sin hora de salud y lo m6s sensible y lastimoso que est6 protervo y duro sin quererse convertir.

Qui6n sino la Soberana Providencia conserv6 aquella vida tan sobrada de penas, tan cargada de cansancio, tan lastimada de llagas, sin sustento un mes entero, pues me confes6 (porque le inst6 como Prelado) que solo una mazorca de ma6z se atrevi6 su necesidad a coger de una chacra que top6, la cual le sustent6 un mes, el tiempo que le dur6 comiendo en reverencia de las cinco llagas cada d6a cinco granos crudos, que ni eslab6n ten6a para que si quiera fuese de noche consuelo el fuego y alivio para enjugar la ropa que de atravesar r6os y muchos no pudi6ndoles vadear los pasaba a nado, sec6ndosele en el cuerpo el h6bito. Qui6n sino solo la divina omnipotencia pudo dar valor a que no desmayase la vida y feneciese el aliento. Con la consideraci6n solo de verse perdido por aquellos montes donde lo horroroso de la noche, los silvidos de las fieras, los bramidos de tanto animal horrible la hacen tan espantosa que al m6s seguro en su casa lo llenan de pavor y miedo; habi6ndose, pues, acercado hacia nosotros top6 un indio de los que nos conoc6an, que fue el que lo sac6 al pueblo de Santa Cruz, donde ya no ten6amos esperanzas de verie, porque hab6an salido vanas cuantas diligencias se hab6an hecho. El tal indio lo acarici6 y agasaj6 cuanto pudo ofreci6ndole para refrigerio de su necesidad una pierna de puerco de monte, un pedazo de mono asado, pescado y lo dem6s que ten6a, y fue tan rara la observancia de su abstinencia, que por ser s6bado que los ayun6 siempre, al traspaso no quiso cosa

ninguna, sólo admitió le guardasen un bagre y una yuca con que se sustentó tres días, hasta que llegó a nosotros hecho un lienzo de desdichas, un pincel de lástimas, que sería entonces ver un Lázaro difunto, según llegó de pálido, flaco y tan macilento que propiamente hacía un muerto vivo, cubierto a remiendos de sayal sus carnes, descalzo, de pie y pierna, vivo retrato de un San Juan hecho pedazos, o de un Job desnudo, que si lo imitó en lo paciente y sufrido, le igualó también en lo llagado; pues es cierto en el Señor, delante de quien hablo y a quien tengo por testigo que de pies a cabeza era todo una llaga, pues no hicieron menos en la túnica las hormigas que en su cuerpo los garranchos y espesas espinas del monte; suspendo el pintarlo, porque no me es fácil decirlo.

Dionos cuidado su alivio, más el siervo de Dios deseoso de padecer y tener qué ofrecer a su divina Majestad en los dolores de sus llagas, no admitió medicina alguna de muchas que traía el amor de los indios, de hierbas, cortezas y raíces de árboles, abundante botica que les previno próspera la naturaleza en la variedad de aquella arboleda, seguro de que Dios solo era su cura y medicina verdadera: así lo vimos y experimentamos, pues sin aflojar de sus ejercicios espirituales, ni admitir dispensa en lo áspero de su penitencia ni pausa en lo riguroso de sus disciplinas acudía infatigablemente catequizando y enseñando, instruyendo los enfermos, bautizando a los moribundos, fervorizando a los sanos; cuando era su semana (porque el acudir a dichos ejercicios le toca al semanero según se le signe su heodómada, que es estilo asentado ha de correr por todos los sacerdotes) acudiendo, pues, a todo, sanó y convalació sin que a los ocho días le quedase rastro de señal o llaga, antes sí se hallaba con mucha robusted y con más vivos deseos de emplearse en la salvación de las almas.

Como es inmediato conséquito el gozar al padecer (que a la corona el descanso, a la Majestad fue siempre mérito o escalón inmediato el cáliz, dijo San Gregorio: *Per calicem enim pertingitur ad maiestatem* (San Gregorio, Homilía 27) empezó nuestra dicha a lograr feliz el fruto de la madura mies de tantas almas como ya el Señor había recogido a nuestra nueva iglesia que en colmada cosecha por el santo bautismo enviamos a las trojes del cielo. Quiso el Señor para manifestar era muy suya la sementera que en la primera espiga empezase la segur y el santo bautismo con un prodigio. Fue el caso que estando todos los religiosos en el continuo ejercicio de aprender la lengua con algunos indios, que siempre se eligen los más capaces, advirtieron en el alboroto que hacían indios e indias en lo retirado de las casas que estaban de nosotros una cuadra larga y avisándonos que era por una criatura muerta, que ya habían arrojado al monte, lastimado del caso el siervo de Dios fray Francisco Izquierdo, encendido en amor de Dios y deseo de lograr un alma, soltando la pluma, saltó del banco diciendo vayan, tráiganla, que quizá no estará muerta, y prestándole alas su fervor fue el primero que llegó donde la

criatura yacía arrojada: yo le seguí con los demás compañeros Fray Juan de Ojeda, fray José de la Concepción y hermano Diego Paz prevenido con el agua por lo que aconteciese, vile que lo cogió en brazos y suspirando al cielo parece ofreció a Dios aquel cuerpo pidiéndole el alma para volvérsela mejorada; vimos todos (que ya llegábamos cerca) que abrió los ojos, que resplandecían real y verdaderamente como de estrellas y meneando los labios parece pedía el agua del santo bautismo, aunque daban prisa los compañeros, pedí fuese con más reposo, porque la prisa no ocasionase algún yerro y para darle más gloria a caso tan admirable ordené fuese con la solemnidad posible el bautismo, para que consiguiendo debidas veneraciones de aquel gentilismo (que suspendo y admirado del caso estaban todos atónitos) conmutase ese gozo el pánico, llenos de devoción fervorosa todos, grandes y chicos, aun los que no estaban presentes, que debió de volar por las chacras, el aviso, pues en un momento los vi junto a todos y en la iglesia de rodillas decían a una: bautízame, bautízame, a mí, a mí. Solo Dios pudo dar modo y palabras para sosegarlos y darles a entender que era necesario saber primero la doctrina cristiana; que muchos hallándose capaces me erguían diciendo: ya yo sé, bautízame a mí; fueme forzoso explicarles haber más oraciones y misterios que saber (porque el todo de cojer buena cosecha los ministros está en instruirles muy bien y quédese en más y más el santo bautismo), no se hubieran sosegado si no hubiera concedido el bautismo a un adulto que me significaban estaba muy malo: y él con las ansias e instancias que lo pedía no solo significaba su ferviente deseo, sino que decía no aguardaba más para ir a ver a Dios, que sentía se le arrancaba el alma; y aun no indicaba muestras el pulso; como a las tres o a las cuatro serían de la tarde, vísperas de la Natividad de Nuestra Señora, y a la oración ya había entregado a su Criador su dichosa alma, en premio sería de la caridad fervorosa y amor singular con que dicho indio nos asistía; pues desde que entramos a su tierra no faltó día sin mostrar con algún presente su caritativo afecto, que solicitaba en los ríos pescando o cazando en los montes, y de lo que ofrecía la suerte, mitad por mitad, nos dió siempre; y una vez hubo que solo cogió un bagre y de él nos dió la mitad, significando el dolor de su desgracia. Pues con cuantos peces tienen los ríos y animales las montañas, le parecía a uno explicara su afecto. Esto debió de conseguirle entrar primero en la gloria de todos los de su nación y llevar la delantera a la criatura, que primero se bautizó, que vivió 5 meses para que aquel tiempo fuese con los bárbaros que venían (a quienes los nuestros referían el caso) testimonio del prodigio.

Permitió el Señor picase una pestecilla tan viva que a los tres meses, que fue lo que duró hasta la Concepción de la Virgen, y siete de la entrada, teníamos ya 10 almas que en eternos gozos alababan a Dios en la gloria. No puedo dejar de apuntar lo singular con que algunos merecieron la dicha del santo bautismo. Pide este lugar el de un muchacho de 10 a 12 años, tan incli-

nado a la Doctrina, que era de los primeros de ella y tan devoto de Nuestra Señora en aquella infidelidad, que enamorado de los elogios que oía a los Padres acudía sin faltar noche a rezarle el Rosario con los religiosos; y le vi muchas veces acompañarnos también en las disciplinas con otros muchachos (que son los que más se nos pegan, en cuyos corazones, como más tiernos, se imprime mejor la doctrina del santo evangelio), que aun siendo infieles, dejando el cariño de sus madres, seguían en todos los ejercicios a los religiosos y dormían en el convento; que si era el descanso de sus almas, querían fuese también el reposo de sus cuerpos. Había salido a cazar un día con otros infieles el dicho muchacho, ordinario ejercicio de aquellos bárbaros, en que aleccionando lo diestro vuelven cargados de intereses con que mantienen sus familias de los despojos del campo; abundante plaza que les provee el sustento cotidiano. Asaltóle de repente (que los más achaques en ellos son repentinos y violentos) un achaque raro que lo arrebató y a manera de endemoniado, llevado de una violenta furia, arrastrándose en aquel campo, se hacía pedazos no solo entre las espinas, palos y troncos, pero aun con sus propias manos, uñas y dientes hacía carnicería de su cuerpo, arrancándose con rabiosos bocados la carne. Lastimábanse los compañeros, más los gritos y terribles aullidos que daba, los aterraba y amedrentaba; y hubieran huído cobardes (usando de su antiguo estilo, que dejan y desamparan al enfermo de cualquier achaque que sea, y echando a huir, le dejan perecer doquiera que le coja el achaque) si no temieran darnos disgusto; pues ya estaban prevenidos e instruídos para cualquier caso que pudiese acontecer en los montes. Trajéronlo amarrado de pies y manos en unas andas o barbacos que hicieron con un pedazo de palo en la boca que venía más aferrado de los dientes que de las ligaduras que le pusieron. Desatámosle luego compasivos y lastimados de verle, y fue soltar una furia que nos aterró a todos y experimentamos todo lo escrito, que a no haber tanta gente ni lo pudiéramos rendir ni volver a las ligaduras. Dispuestos a bautizarle como a catecúmeno tan fervoroso; más por si estaba energúmeno, empezamos con los santos exorcismos, especialmente nos valimos de los que trae el Señor Montenegro en su *Párroco* (que con ellos y con los que trae el Breviario para tempestades se han experimentado efectos prodigiosos entre aquellos bárbaros); al empezar, pues, las primeras palabras, volvió el muchacho el rostro y mirando tierna y devotamente al sacerdote, dijo: *Pabba, Pabbate nazanganiqui non intero cristiano, puga pana cristiano* que quiere decir: *Padre, Padre de mi corazón, quiero ser cristiano, hazme cristiano*. Cosa rara, porque estaban los religiosos que fueron los que ya se refirieron en el caso antecedente, con grandísimo desconsuelo por el consentimiento actual, aunque no dudaba era suficiente la voluntad habitual de catecúmeno tan fervoroso y devoto, y nos constaba no había recelo de voluntad contraria. Sacómos muchas lágrimas el gozo, que lo desmedido significaron los clamores con que ofrecimos todos loores a nuestro omnipotente Señor, y volviéndonos a él, dijimos todos: *eso queremos, eso deseamos*. Y

bautizándole se realzó más el prodigio, pues quedó tan sano y fuerte como si no hubiera tenido mal ninguno. Y a la mañana pudo acudir a los ejercicios todos que los demás sano, y no nos dejó hasta que la muerte lo apartó de nosotros, que fue pasado un año, sin resfriarse en tanto tiempo su devoción, antes sí fue el primero que introdujo, menospreciando la infidelidad, baldonando a los demás muchachos infieles (que hasta ahora se corren los más, chicos y grandes, de serlo). Providencia soberana y prodigios del Señor y por eso anhelan tanto el bautismo y viendo que no lo consiguen, piden que si quiera se les ponga de cristianos el nombre, que no se concede por muchos inconvenientes. Decía, contento de su suerte, a los que no habían merecido su dicha: anda que sois infiel, sois como mula; no entréis a la iglesia que sois hijo del demonio. Yo soy hijo de Dios, por eso oigo misa. Y otros baldones que aunque de muchacho han ido importante el aprecio y estimación al santo bautismo.

En algún modo se asemeja a este lo que sucedió a una india adulta. Aconteció algunos meses después, delante del Padre Predicador fray Francisco Gutiérrez, Fray Antonio de Lara, fray Antonio de Araujo y fray José de la Concepción, religiosos legos. Avisáronnos a la una de la noche que a toda prisa se moría una india infiel; corrimos prevenidos de un jarro de agua (que para estos repentinos casos se tiene en lugar señalado donde el semanero la halle a mano). Era lo yo entonces, y con el jarro en las manos, aunque el que nos avisó decía era ya difunta y había expirado la india; fui con la prisa que pedía el caso, siguiéndome los demás compañeros. Quebrónos el corazón verla, a quien repetidos paroxismos la tenían sin sentido, sin habla y sin pulso, la que a las 7 de la noche buena y sana estaba con la demás gente aprendiendo la doctrina, porque aunque a la oración se acaba la que hace el semanero con toda la gente, se quedan después los más devotos de aprender (y raro se conoce tibio) de que hacemos clases por las familias según hay de ministros; y todos, cada uno con sus clases, en una ramada grande, o si es misterio de la Iglesia con más proligidad y repetido tesón se les enseñan las oraciones. Esta era muy devota y deseosa de aprender, no faltaba de la doctrina y del ejercicio dicho. No obstante nos tenía tiernos y lastimados hallarla tan muerta, que apenas daba muy escasas muestras de vida. Pedí a los compañeros la encomendasen a Dios, más viendo que ya pasaba de media hora sin dar esperanzas de volver algo en si, me determiné bautizarla: al levantar el brazo con el jarro de agua en la mano: Oh prodigios raros de Dios! Levantó el rostro y volviendo a mí, dijo: *Pabba non intero cristriana*, que quiere decir: Padre, yo quiero ser cristiana. Quién no se desaría en gozo y admiraciones de ver que las primeras palabraseran responder al corazón, consolar la tristeza y quitar toda duda; tardéme en instruirle explicándole de nuevo los misterios de nuestra santa fe y volviendo otra vez la cara, dijo: acaba, Padre, qué esperas bautízame ya que me muero; bauticela y voló su alma a ver a Dios en la gloria donde en eternos gozos le alabará para siempre.

Al dicho religioso fray Francisco Gutiérrez llamó en otra ocasión otra india, a quien el achaque prolongado que padecía había dado tiempo a instruir y catequizarla muy bien; a que se acude todos los días con cuidadosa vigilancia por los repentinos que tienen. Pidióle con devotas instancias le concediese el bautismo, que conocía se moría. Pensábalo el religioso porque ni muestras ni novedad ninguna hallaba en el pulso y achaque. Consolábala, explicándole los misterios, y que conservase aquellos fervorosos deseos (por bautizarla al morir que es lo que usamos, porque tenga menos tiempo el enemigo, de perturbarlos). Instaba la india con lágrimas diciendo que se moría ya sin duda, que le bautizase que ella sabía había de morir luego. El Padre fray Esteban de las Heras, sacerdote, que estaba presente y los demás compañeros religiosos legos ya dichos, movidos de aquella fervorosa instancia dijeron: bautícese, que puede ser que se muera; no pasó más tiempo, al empezar el sacerdote las palabras de la forma, extendió los pies la india y cruzando las manos, clavó los ojos en el cielo; y acabándole de echar el agua, dijo: Jesús, tan junto en una boqueada que se conoció bien entregó en ella a Jesús el alma, que estará repitiendo eternas alabanzas en agradecimiento.

Volvía de visitar los enfermos el dicho sacerdote y una criatura de cuatro años, que a penas sabía pronunciar, soltando a su madre (en cuyo regazo y brazos echada, significaba a gritos desmedidos un gravísimo dolor de cabeza, que había media hora que le aquejaba) y abalanzándose al Padre, agarrándole del hábito y cuerda, llorando a voces, le decía: *noquiemán, noquiemán*: que dice: tengo sed. Y esto se lo repetía su chillido sin cesar ni desasirse del Padre. Era recién llegado a la conversión y no sabía la lengua el sacerdote; vínose a mí que le explicase lo que decía aquel angelito, que aferrado del hábito no le quería dejar, repitiendo lo dicho: tengo sed. Ofrecímosle de todo género de bebidas que pudimos: agua fría y caliente, chicha que siempre tienen los indios de yuca, de maíz y de frutas. De todo no hacía más que probar y arrojarlo, volviendo a su tema: *noquiemán*, sed tengo. Afligíase la compasión viendo que nada satisfacía aquella ansia, ni tomaba la necesidad remedio en lo mismo que pedía. Entregósele a la madre y fue menester violencia para desasirlo del hábito, aun cuando le llevaba la madre volvía la cara a nosotros, repitiendo a gritos su tema; entendimos era corporal la necesidad y así no penetramos de aquellas voces el alma hasta que a las dos de la mañana (que a las cinco de la tarde le dio el achaque) nos llamaron de prisa. Salté luego con el agua prevenido, y cuando entendí fuese otro (que había muchos enfermos), hallé la dicha criatura expirando. Bauticéle poniéndole por nombre Ventura, pues fue tan grande la suya, que se juntó en aquella hora en el coro de alabanzas con los astros matutinos. Luego que expiró conocimos era la sed que tenía espiritual, no corporal; por eso no recibía del refrigerio que compasivos le administrábamos; porque era material la bebida, y su sed era del alma; que espiritual agua querfa, no es discurso acaso, que si fuera sed verdadera o necesidad del cuerpo, o tema también se la pidiera a su madre o

a la demás gente que llegaba a verlo, a quien solo decía a gritos: ay, ay! y solo a los Padres decía: tengo sed. Luego era porque su sed solo los ministros se la podían satisfacer con el agua del santo bautismo que pedía su alma deseosa de ver a su Criador, a quien está alabando y alabará para siempre.

También parece no fue acaso el hecho de otra criatura de pecho; sería de 7 a 8 meses, la cual en los brazos de su madre se entretenía recibiendo en dulce alimento la leche. Despedíanse ya todos los indios que acababan de rezar; mas esta criatura despreciando el material sustento que le administraba su madre, parece pedía la celestial ambrosía de la divina doctrina (que la leche la llamó San Pablo: *lac vobis potum dedi* (1 Cor. 3, 2). Puso los ojos en el sacerdote semanero, a quien con la vista y repetidos gorjeos de risa, quizá decía su alma: *mel et lac sub lingua eius* (Cor. 4, 11). Mejor que el de mi madre es el néctar de tus palabras. Dulce recreo es tu doctrina, y así dejando el regazo de su madre, haciendo fuerza con los bracitos y llorando porque lo soltase, así que ganó el suelo trocando las lágrimas en risas, se fue reptando a donde estaban los Padres, que habría 6 u 8 varas, y de cuatro que eran los ministros escogió de todos (porque le guiaba el espíritu) al religioso que era semanero y aferrado del hábito y cuerda se entretenía con gozo tan singular que divertía a todos, y admirando el Padre semanero y penetrando el alma del caso, dijo a los compañeros: este angelito quiere irse al cielo. Aquel desasirse de su madre, este venirse a mí, esta risa, estos gorjeos el agua del santo bautismo piden. Cómo puede ser, dijeron todos, si está buena y sana y tan alegre. Fue necesaria alguna fuerza para desasirla del hábito y brazos del Padre sacerdote y que la llevase su madre, sin poder acallarla con sus caricias ni enjugarle las lágrimas, en que significaba el sentimiento de que la apartasen de aquellos brazos, de quien esperaba el alma su remedio. Más a poco tiempo lo consiguió y se experimentó la verdad del discurso que hizo el Padre semanero. Pues llamaron tan de prisa, que el estar tan prevenida siempre el agua fue causa consiguiese el alma de aquel angel ver a Dios en la gloria, donde le gozará para siempre.

Merezca también reparo el agradecimiento de los angelitos que mostraron al morir. El uno de seis a siete años de edad, murió en la Doctrina de Santiago de Comas, donde estaba con todos los religiosos ministros de la santa conversión, que se habían retirado por orden de los Prelados, como se dirá después. Poco antes de expirar dicho párvulo llamó a todos los religiosos por sus nombres para despedirse, besando las manos de cada religioso con tanta ternura y cariño, que motivó copiosas lágrimas en todos. Esmeróse más con el religioso que le había bautizado un año antes, habría poco más o menos; a quien llamó el último y cojiéndole las manos le decía mil amorosas ternuras, besándolas muchas veces y refregándose toda la cara con ellas, las pasó al pecho y al corazón, donde las apretaba con tal ahinco que parecía se las quería llevar consigo, o meterlas dentro de su corazón; decía tierno y agrade-

cido: Padre de mi corazón, Dios te lo pague, Dios te lo pague, Padre de mi alma, que me hiciste cristiano, y alzando los ojos claros y resplandecientes, repitiendo el dulcísimo nombre de Jesús, los clavó en el cielo, a donde envió el alma, acompañada con su amantísimo Dueño Jesús.

El otro fue semejante. De la misma edad sería poco más o menos; murió en Hualahoyo, hacienda en el valle de Jauja del Capitán Francisco de la Fuente y de Doña Catalina del Castillo su esposa, cuyo fervoroso celo ha mantenido y fomentado esta santa conversión; abriendo a su costa los caminos, sustentando con limosnas y mucha caridad los religiosos. En la ocasión estaba en dicha casa curándose el religioso de quien mereció ser cristiano dicho angelito algún tiempo antes, y estando ya para expirar hizo lo mismo que el otro; haciendo llamar al religioso y a aquellos caballeros a quienes estimando con agradecimientos devotos la caridad con que le habían asistido, besó las manos a todos y llegando a las del religioso con tiernísimo afecto y amorosas palabras hizo y dijo lo que se ha referido del antecedente; si bien se halló más en este, que reparando en las lágrimas de todos, dijo: ya no lloréis, de qué os puedo servir acá, dejadme ir al cielo a ver a Dios, a quien siempre pediré por vosotros, que pague la caridad con que me han asistido. Perdonenme que les he dado mucho que hacer con mi enfermedad. Palabras formales, que en lengua de la sierra dijo, y añadió: Váyanse, váyanse; tú señora, dijo a la mujer, que has sido mi madre, ayúdame a morir, dame ese santo Cristo. Y cogiéndole en sus manos supo decir tantos requiebros a su Señor que a todos nos tenía tiernos, confusos y admirados (aún en un hombre capaz son de notar estas cosas) y sin necesitar de quién le dijese palabra (que fuera interrumpirle) con el Alabado en los labios entregó a su Redentor el alma.

Disposiciones de eterna sabiduría, no afectos del caso, suelen ser los que ordena y permite Dios por la salvación de las almas. Por salvar al Nabucodonosor y a muchos de Egipto permitió Dios (dice el Abulense) la cautividad de su pueblo, que diese luz y enseñase la verdadera ley a tanto ídólatra ciego. Ni fue accidental salir Cristo al camino, haciéndose en contradicho con los discípulos que caminaban a Emaús, sino disposición de su amor, develos de su cuidado. Al camino de Gaza llevó Dios a San Felipe, no acaso para bautizar el Eunuco de la Reina Candacis. En busca de mejor camino íbamos en una ocasión el Padre Predicador fray Alonso Robles, Presidente de las Conversiones (que aunque asistía en el nuevo pueblo de Santa Rosa de Quimiri, vino a esta conversión a disponer la unión de las dos puertas y dar forma de sus fundaciones por aliviar la aspereza de esta entrada) que ha sido nuestro batallón.

Caminábamos dicho Padre, yo y el hermano Andrés Pinto con cuarenta indios infieles que iban guiando y abriendo camino de Oriente a Poniente (que así es la salida de la conversión para acá fuera); llegamos a unos pajona-

les, de donde se daba vista y ofrecían descansada subida a la sierra. Empezó una voz entre aquellos bárbaros diciendo que había culebras y sierpes por aquellos pajonales, y nosotros que podíamos instarles animándolos con el buen camino que por allí se prometía, nos hallamos también movidos de no sé qué impulsos superiores a condescender con ellos: aun siendo tan conocidamente opuestos a nuestra ruta sus pasos; porque guiaron retrógrado de Poniente a Oriente, dejando a las espaldas la sierra, que era nuestro norte; caminamos todo aquel día lo que duró el sol, sin camino, ni vereda, por arroyos y quebradas hasta llegar a ponerse el sol a unas chacras viejas de algunos indios de los que nos acompañaban, que habían dejado días había por irse a vivir a nuestro pueblo de Santa Cruz, a aprender la ley evangélica. Como los indios hallaron bastimento, en breve dispusieron de yuca, maíz, frijoles y plátanos, su cena para alivio del trabajo de todo el día. Acaso nos pareció preguntar si había gente por allí, y no fue sino altísima providencia; pues sabiendo que a una legua de allí vivían algunos infieles, dejando la mayor parte de los indios allí, pasamos con los mas fieles, sin tomar bocado, acordándonos de lo que enseñó Cristo: *anima est plus quam esca* (Luc. 12, 23). Lo primero que encontramos en las casas donde llegamos al caer la noche fue un indio enfermo, aunque parecía no estar tan agravado del achaque, pues se levantó por darnos mejor lugar de una ramada en que estaba y se entró a una casa más calurosa. El Padre Presidente fray Alonso Robles, con la abrasada caridad que tenía de la salvación de las almas, excitaba lo débil de la naturaleza, discurseando (siempre que caminaba) que le llamaban a bautizar un enfermo, que se moría: y con este discurso animaba el aliento, desterraba el cansancio caminando siempre por delante, y sin que le embarazase cuesta ni aspereza llegaba el primero a cualquiera parte. En esta ocasión halló el empleo de su discurso y el logro de sus deseos: cuando yo llegué ya tenía instruido al enfermo en el conocimiento del verdadero Dios y necesidad del bautismo, a que respondía el indio con grandísima ternura, afecto y devoción que quería ser cristiano y deseaba ver a Dios, que por estar enfermo no había ido al pueblo a que le enseñásemos, que lo había deseado mucho. Mandóseme catequizarlo e instruirlo bien en todos los misterios necesarios para bautizarlo: y todo lo abrazó con firmeza y voluntad especial, y el propio instaba por instantes le volviese a repetir y enseñar tan alta y divina doctrina. Verdaderamente estaba aquel indio y guardaba la ley natural (que en otros muchos de esta nación lo he reconocido) y así le premió Dios y le concedió el santo bautismo aun a costa de prodigios. Tardamos en enseñarlo y fervorizarlo hasta la media noche, que lo bautizó dicho Padre Presidente sin permitir otro alivio alguno, porque este bastaba. Pudiendo decir con Cristo: *ego cibum habeo manducare quem vos nescitis* (Juan, 4, 32) y también: *meus cibus est ut faciam voluntatem eius, qui misit me, ut perficiam opus eius* (Juan, 4, 34). Descansamos a ratos velando y ayudando a nuestro enfermo hasta las cinco de la mañana que empezó a dar muestras quería entregar el

alma a su Criador y Dueño. Ayudámosle con cuidado, encomendósele el alma, y viendo que se moría, le cantamos el Credo y al Incarnatus voló al cielo aquella dichosa alma. Oh amor inmenso de Dios! y lo hace por salvar un alma; los prodigios que le cuesta, sus caminos y secretos! *Quis enim investigavit magnalia eius* (Eccles. 18, 3). Veneradas sean las divinas misericordias. Aquel día ganamos diez almas más de la familia del dichoso difunto, que aficionados de la Divina doctrina y movidos de Dios se fueron con nosotros luego que enterramos aquel cuerpo (que sería a las ocho del día) encomendándolo a una hermosa cruz que colocamos; nos volvimos por el mismo camino retrógrado otra vez de Oriente a Poniente; y desanduvimos el día antecedente en dos días y medio hasta los mismos pajonales y no hicimos poco, porque al volver caminábamos nosotros y al ir nos llevó Dios por salvar aquella dichosa alma, que le estará alabando para siempre en el cielo.

Muchos son los prodigios que obra Dios en confirmación de su santa ley y doctrina que predicán sus ministros, especialmente entre bárbaros, donde se experimenta lo que dijo San Agustín: *signa infidelibus*. No puedo referirlos todos ni aun si quiera apuntarlos; porque me falta el libro que está en la conversión, donde se han notado y escrito y por no arriesgar la memoria falte a la verdad de algunas circunstancias; sería mejor dejarlos de escribir, que no que carezcan de la pureza que se debe. Otros casos, aunque raros y singulares que me han sucedido a mi solo no los pongo por carecer de testigos con quien comprobar la verdad. Otros dejo de escribir porque están vivos los ministros con quienes sucedieron algunos prodigios: y aunque el árbol de su virtud sea seguro, bien profundo en las raíces de su humildad, se ofendiera su modestia, temiendo pudiera juzgar mal fundado discurso que tenía parte, el ministro, en lo que obra solo Dios: *qui facit mirabilia solus*, por las almas que interesa. Estos que he referido no tienen ese riesgo y es lo que más ha podido la memoria sin tropezar en duda, aun en sus más mínimas circunstancias. Todos se proponen con los religiosos que se hallan presentes, pues estaban vivos los más para seguro de la verdad que refiero.

(versión Paleográfica: Julián Heras, o.f.m.)